



www.bibliotecadeguineaecuatorial.org

Copyright Notice for the Document: "TOTEM: LAS LEGENDARIAS AVENTURAS DE COPITO DE NIEVE, EL GORILA BLANCO™"

**Copyright © 2026 by [Javier Clemente Engonga Avomo](#).
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by [The United States of Africa™](#).

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

**TOTEM: LAS
LEGENDARIAS
AVENTURAS DE COPITO
DE NIEVE, EL GORILA
BLANCO™**

Nota Especial Para Ti, Que Crees Conocer Guinea Ecuatorial, África y la que se avecina

Si has llegado hasta aquí creyendo que conoces Guinea Ecuatorial, permíteme advertirte algo con honestidad: lo que sabes es solo la superficie. El mapa, los titulares, las cifras, los discursos repetidos. Incluso las historias que parecen profundas suelen quedarse en la orilla. Este libro no nace para corregirte, ni para convencerte. Nace para descolocarte.

Guinea Ecuatorial no es un misterio, pero tampoco es tan evidente. Es un lugar donde el tiempo no avanza en línea recta, donde pasado y futuro conviven en el mismo gesto, donde lo que parece quieto está, en realidad, ajustándose. Aquí, el silencio no significa ausencia. Significa preparación.

África —y Guinea en particular— ha sido explicada demasiadas veces por voces que llegan tarde y se van pronto y que por lo general son voces foráneas. Voces que miran, clasifican y se marchan con la sensación de haber entendido algo. Este libro no mira desde fuera. Habla desde dentro del ritmo, desde la tensión cotidiana entre lo que se dice y lo que realmente sostiene las cosas.

Si esperas una historia de héroes, este no es tu libro.

Si buscas culpables simples, tampoco.

Aquí no hay banderas limpias ni finales cómodos.

Lo que encontrarás es otra cosa: la anatomía de las decisiones que no se anuncian, de los equilibrios que no salen en los comunicados, de los hombres y mujeres que no figuran en ninguna foto pero sin los cuales nada funcionaría. Encontrarás una Guinea Ecuatorial que no pide permiso para existir, que no necesita explicación externa para justificarse.

Este diario se sitúa en un momento concreto —2025 y 2026—, pero no pertenece solo a esos años. Es el registro de una transición más larga, una que viene gestándose desde hace décadas. Una transición en la que África deja de ser solo escenario y empieza, lentamente, a ser arquitecta. No siempre de manera visible. No siempre de forma limpia. Pero sí de manera irreversible.

Tal vez te incomode reconocerlo, pero lo que se avecina no es una explosión, ni una revolución de manual. Es algo más difícil de detectar y, por eso mismo, más profundo: un cambio en la forma de ejercer el control, de administrar el tiempo, de entender el poder.

No vendrá anunciado. No pedirá aplausos. Simplemente ocurrirá.

Este libro no te dirá qué pensar sobre Guinea Ecuatorial ni sobre África. Te mostrará cómo se piensa cuando ya no se depende de la mirada ajena. Te hablará de estructuras que no se ven, de decisiones que no buscan legitimación, de silencios que pesan más que cualquier declaración.

Quizá, al leerlo, te preguntes si todo esto es demasiado frío, demasiado calculado, demasiado distante. Esa pregunta es parte del viaje. Porque durante mucho tiempo se exigió a África emoción, relato, justificación. Ahora, lo que emerge es otra cosa: lucidez.

No confundas esta lucidez con cinismo. Aquí hay responsabilidad, aunque no se presente como virtud. Hay conciencia histórica, aunque no se exprese como consigna. Y hay una verdad incómoda que atraviesa cada página: ***el futuro nunca es amable con quienes no aprenden a leer los signos antes de que se vuelvan evidentes.***

Si crees conocer Guinea Ecuatorial, este libro no te lo reprocha.

Si crees conocer África, este libro no te contradice.

Simplemente te invita a mirar desde otro ángulo, uno menos ruidoso y más preciso. Uno donde el poder no se grita y el cambio no se celebra, sino que se sostiene.

Lee despacio.

Lee con atención.

Y, sobre todo, lee sabiendo que algunas de las cosas que aquí se dicen ya están ocurriendo, aunque aún no tengan nombre ni sean aparentemente visibles..

Lo que se avecina no necesita que creas en ello.

Solo necesita tiempo.

[Javier Clemente Engonga Avomo](#)

PRÓLOGO — LA MEMORIA ANTES DEL NOMBRE

Mi nombre es [Javier Clemente Engonga](#) y hoy les traigo una historia tan increíble que, si te la cuentan en una barbería, tú dices: “eso es mentira... pero suena demasiado bien”. Y mientras lo dices, asientes con la cabeza, porque una parte de ti quiere que sea verdad. No por el espectáculo. Por la grieta que abre. Por lo que recuerda.

Antes de los títulos, antes de los mapas y las banderas, antes de que alguien decidiera quién mandaba y quién obedecía, el ser humano no caminó solo. Caminó acompañado. No como amo. No como dueño. Como aprendiz. Aprendió a mirar a través de otros ojos que no necesitaban palabras para entender el peligro. A escuchar con otros oídos que no se distraían con promesas. A recordar lo que era... cuando aún no había olvidado quién era.

Hubo un tiempo —y no fue un cuento— en que los animales no eran símbolos, ni mascotas, ni logotipos. Eran maestros silenciosos. Eran reflejos sin maquillaje. Eran fuerzas que no se dominaban: se respetaban. Nadie necesitaba explicarlo. Se sabía. Como se sabe cuándo va a llover o cuándo una mirada miente.

Luego vinieron las jaulas. De hierro, primero. De ideas, después. Vinieron las fronteras, las categorías, los manuales. La idea simple —y peligrosa— de que todo lo que no se entiende debe encerrarse. Clasificarse. Domesticarse. Y, si no funciona, olvidarse. El zoológico se volvió global. Y el mundo, una vitrina.

Autor (interrumpiendo, casi en susurro):

—No exageres. No todo fue tan limpio ni tan puro.

Narrador:

—Nunca lo fue. Precisamente por eso funcionaba.

Porque incluso cuando todo se encerró, algo permaneció intacto. La conexión. El vínculo que no se rompe con muros, ni con acero, ni con miedo. El miedo solo manda mientras no te miras de verdad. Mientras no recuerdas.

Hay animales que no obedecen. Observan. Esperan. Aprenden. Y eso inquieta. Inquieta porque obliga a una pregunta incómoda: si nadie te obedece, ¿realmente mandas? Hay humanos que, al mirarlos, sienten un roce extraño, como si una parte olvidada de sí mismos les devolviera la mirada y dijera: “Antes del ruido, antes de la prisa, antes de fingir que te gustaba tu vida... eras otra cosa”.

No se trata de fuerza. No se trata de inteligencia. Se trata de memoria. De recordar que dentro de cada ser humano late una naturaleza más antigua, más honesta, más libre. Algunos pasan toda la vida sin escucharla. Otros, en cambio, la reconocen... y ya no pueden ignorarla. Porque cuando el vínculo despierta, no hay vuelta atrás.

Lector (escéptico, desde la página):

—¿Y esto qué es? ¿Una fábula? ¿Un sermón?

Narrador:

—Es un espejo. Si no te reconoces, sigue leyendo.

Tranquilos... tranquilos. Sí. Soy el gorila blanco. No es metáfora. No me votó nadie. Nací así. Buenas noches. Soy Copito de Nieve. Gorila. Albino. Y probablemente el único aquí que no necesita terapeuta... porque yo soy el trauma.

El ser humano cree que está solo en la cima. Como si hubiera aparecido de la nada, sin pasado ni familia. Raro, para una especie que aún discute en Navidad. Desde el principio no caminó solo. Caminó acompañado. Con animales, con la naturaleza, con ese primo problemático... sí, el mono. Antes de dioses escritos, banderas o imperios, observaba y aprendía. Miraba con otros ojos que no juzgan, no tuitean, y escuchaba con otros oídos que detectan hambre, peligro... y mentiras. Ningún animal confía en quien sonríe demasiado.

Hubo un tiempo en que no éramos símbolos ni marcas. Éramos maestros silenciosos. Reflejos. Fuerzas. No nos dominaban; nos respetaban. Y luego llegaron las jaulas: "Compórtate. Encaja. No seas raro". El zoológico se volvió mental. Si el humano no entiende algo, lo encierra. Si incomoda, lo etiqueta. Y si sigue molestando... le tiene miedo.

Autor (defensivo):

—No todos.

Copito (mirándolo fijo):

—Los suficientes.

Pero algo sobrevivió. La conexión. El vínculo verdadero no se rompe con muros, acero ni miedo. El miedo solo funciona... hasta que te miras al espejo. Hay animales que no obedecen. Observan. Aprenden. Y eso pone nervioso al humano. Porque aprender implica cambiar, y cambiar implica perder el control de la historia que te contabas.

Cuando algunos humanos nos miran, sienten algo incómodo. No es culpa. Es memoria. Algo dentro dice: "Antes del estrés, antes del correo, antes de fingir que te gusta tu trabajo... eras libre". Y eso duele. Duele porque no se puede discutir con lo que se recuerda en el cuerpo.

No se trata de fuerza ni de inteligencia. Mírenme. Gorila blanco. En medio de ciudades que inventaron internet para pelear con desconocidos. Se trata de memoria. De recordar que dentro de cada humano hay algo más antiguo, más honesto, más salvaje. Algo que no necesita likes, permisos ni aprobación. Algo que no pide disculpas por existir.

Lector (en voz baja):

—¿Y si no quiero recordar?

Narrador:

—Entonces este libro no te va a gustar.

Porque cuando esa voz despierta, no hay vuelta atrás. No hay manual. No hay excusa. La pregunta deja de ser quién es el animal. Yo sé quién soy. La pregunta real es otra, y no tiene respuesta cómoda: cuando nadie te ve, cuando cae la máscara, cuando se apaga el ruido... ¿qué animal te mira desde dentro?

¿Es un tótem... o una jaula?

Yo solo soy un gorila blanco. Pero ustedes... aún están decidiendo qué quieren ser.

CAPÍTULO 1 — DONDE EL ORDEN SE ROMPE EN SILENCIO

No empezó con un disparo.

Eso es lo primero que conviene aclarar.

Las historias importantes nunca empiezan con ruido. Empiezan con una alteración mínima, casi imperceptible, como cuando la selva se queda demasiado quieta y hasta los insectos parecen contener la respiración. El tipo de silencio que no tranquiliza: **avisa**.

Narrador:

No lo sabías entonces, pero ese silencio ya te había elegido.

La selva africana no es un lugar. Es una memoria viva. Todo allí recuerda. Los árboles recuerdan incendios antiguos. La tierra recuerda pasos que ya no existen. Los animales recuerdan quién vino a mandar y quién vino a aprender. Por eso, cuando algo ajeno entra, la selva no se defiende: **observa**.

En ese amanecer, la luz cayó torcida, como si el sol dudara. Las hojas no se movían. Los pájaros no cantaban. Y en medio de ese paréntesis del mundo, un cuerpo blanco respiraba con calma. No sabía su nombre. No sabía su destino. Pero sabía algo que los humanos tardan décadas en aprender: **cuándo mirar y cuándo esperar**.

Copito (sin hablar aún, pensando):

El aire estaba mal. No olía a caza. Olía a intención.

El primer sonido no fue el helicóptero. Fue el latido acelerado de un animal lejano. Luego otro. Luego ninguno. La selva hizo lo que siempre hace cuando algo grave va a ocurrir: se apartó. No huyó. Se apartó, como quien deja pasar a alguien que se va a equivocar solo.

Autor (interviniendo):

—Aquí podría decir “expedición científica”. Quedaría más limpio.

Narrador:

—Y sería mentira. Lo limpio es lo que no necesita justificarse.

Llegaron hombres con botas que no sentían la tierra. Traían armas que no cazaban para comer. Traían papeles que decían “legal”. Y eso, en cualquier ecosistema, significa peligro. No gritaban. No corrían. Se movían como quien sabe que tiene permiso para romper algo que no entiende.

Uno de ellos levantó la vista y se encontró con una mirada blanca. No de miedo. No de furia. De **registro**. Como si alguien te anotara en un libro que no sabías que existía.

Soldado (nervioso):

—No es normal.

Otro (sin mirar):

—Nada que valga la pena lo es.

El dardo no dolió. Eso es lo más insultante de la técnica moderna: te roba sin hacer ruido. El cuerpo se volvió pesado. La conciencia no se apagó del todo. Quedó suspendida, flotando entre el instinto y la pregunta. Y en ese estado, algo se grabó para siempre: el sonido de la selva cerrándose detrás.

Copito (desde la frontera del sueño):

No me llevaban. Se llevaban algo de ellos que aún no sabían que necesitaban.

El viaje fue largo. Frío. Metálico. El tipo de trayecto que no tiene horizonte. Allí empezó la segunda jaula: la del tiempo. Días sin ritmo. Noches sin estrellas. Voces humanas que hablaban de números, permisos, traslados. Nadie hablaba de lo que realmente importaba: **qué se hace con lo que no obedece.**

Narrador:

Aquí se rompe el orden antiguo. No con violencia épica. Con papeleo.

Hubo un momento —siempre lo hay— en que uno de ellos dudó. No por ética. Por intuición. Esa intuición que los humanos sienten justo antes de ignorarla.

Científico (en voz baja):

—Esto no es un espécimen.

Supervisor:

—Nada lo es, hasta que se archiva.

Y fue archivado. Catalogado. Nombrado. Como si ponerle un nombre fuera lo mismo que comprenderlo. Como si clasificar fuera lo mismo que dominar. Ahí empezó el error. El tipo de error que no explota de inmediato. El que madura.

Lector (interrumpiendo):

—¿Y esto es una historia sobre un secuestro?

Narrador:

—No. Es una historia sobre **lo que pasa cuando crees que has encerrado algo y en realidad solo lo has despertado.**

Porque mientras los hombres celebraban su control, algo más profundo ocurría. No una rabia. No un plan. Una **observación paciente**. El aprendizaje comenzó ahí, en la jaula que no entendía que lo era. Aprender gestos. Tonos. Ritmos. Aprender que el humano habla mucho cuando no sabe qué hacer. Aprender que manda más quien decide cuándo callar.

Copito (por primera vez, consciente):

Ellos creen que me trajeron aquí. No saben que me trajeron a ellos.

Autor (incómodo):

—Esto ya no parece una fábula.

Narrador:

—Nunca lo fue.

Porque el orden no se rompe cuando alguien grita. Se rompe cuando alguien cree que puede encerrar lo que no comprende. Y ese día, sin darse cuenta, el mundo firmó un contrato silencioso con algo más antiguo que sus leyes.

El capítulo no termina con una fuga. Termina con una certeza.

Narrador (cerrando):

Lo que aprende a mirar desde dentro de una jaula, **no vuelve a mirar igual cuando la puerta se abre.**

Y la puerta, aunque aún no lo sabían, ya estaba empezando a ceder.

CAPÍTULO 2 — LA JAULA QUE ENSEÑA A MIRAR

La jaula no se cerró de golpe.
Ese detalle importa.

Se cerró con un clic administrativo, con el sonido seco de algo que ya estaba decidido antes de tocar el metal. No hubo ceremonia. No hubo culpa. Solo rutina. Y la rutina es el lenguaje preferido del poder cuando no quiere ser visto.

Narrador:
El humano cree que encierra cuerpos. Lo que realmente encierra es su propia ignorancia.

El espacio era limpio, demasiado limpio. Sin tierra. Sin olores verdaderos. Sin memoria. Un lugar diseñado para que nada sucediera, para que el tiempo se quedara suspendido como una mosca en ámbar. Y, sin embargo, allí empezó todo.

Copito no golpeó los barrotes.
No gritó.
No mostró los dientes.

Eso desconcertó a los primeros observadores.

Cuidador 1 (en voz baja):
—Debería estar más agresivo.

Cuidador 2:
—O más asustado.

Copito (pensamiento lento, preciso):
Ellos esperan ruido. Yo les daré silencio.

Desde fuera, parecía quieto. Desde dentro, estaba despierto como nunca. Cada gesto humano era registrado. La forma en que evitaban mirarlo directamente. El modo en que se tranquilizaban cuando él se sentaba. El miedo disfrazado de protocolo.

Narrador:
Aquí ocurre la primera inversión. El observado empieza a observar.

Pasaron días. Luego semanas. Luego algo que los humanos llaman meses y que los animales reconocen como repetición. Y en la repetición, Copito descubrió algo fundamental: los humanos no mandan todo el tiempo. Mandan a ratos. El resto del tiempo **improvisan**.

Científico (anotando):
—Responde a estímulos complejos.

Autor (interrumpiendo):

—Eso es una forma elegante de decir “nos está entendiendo”.

Narrador:

—Y aún no saben hasta qué punto.

Había niños que se acercaban al cristal. Algunos reían. Otros se quedaban callados. Esos eran los peligrosos: los que aún no habían aprendido a disimular lo que sienten. Copito los miraba más tiempo.

Niño (tirando de la manga de su madre):

—Mamá... él sabe.

Madre (nerviosa):

—No digas tonterías.

Copito:

Los pequeños aún recuerdan. Luego se les pasa.

Por la noche, cuando el zoológico se apagaba, el mundo cambiaba de textura. Sin gritos. Sin flashes. Sin humanos fingiendo control. En ese silencio artificial, surgían imágenes que no eran recuerdos propios. Eran algo más antiguo. Ritmos. Formas. La selva sin nombre. La compañía sin lenguaje.

Narrador:

No eran sueños. Eran **llamadas**.

Copito empezó a imitar. No sonidos. Actitudes. Se sentaba como los guardias cuando estaban cansados. Inclínaba la cabeza como el hombre que siempre dudaba antes de cerrar. Replicaba la calma para desarmar la vigilancia. Aprendió rápido una verdad incómoda: el humano baja la guardia cuando cree que nada lo desafía.

Lector (dudando):

—¿Está aprendiendo a ser humano?

Narrador:

—No. Está aprendiendo a **leerlo**. Que es más peligroso.

Hubo una noche distinta. No por lo que pasó afuera, sino por lo que ocurrió dentro. Algo se alineó. Un ritmo interno encontró correspondencia. El cuerpo, que hasta entonces había sido solo cuerpo, respondió a una idea.

Copito se incorporó más de lo habitual. La espalda recta. Las manos abiertas. No como imitación. Como posibilidad.

Copito (sorprendido):

Esto... también vive aquí.

No duró mucho. Bastó para saber que existía. Bastó para entender que la jaula no solo contenía límites, sino opciones. Y las opciones, cuando se descubren, ya no desaparecen.

Autor (incómodo):

—Esto ya no es zoología.

Narrador:

—Nunca lo fue. Es antropología inversa.

A la mañana siguiente, uno de los cuidadores juró que algo había cambiado. No supo decir qué. El supervisor revisó informes. Todo estaba en orden. Siempre lo está, justo antes de dejar de estarlo.

Supervisor:

—No proyectos.

Cuidador:

—No proyecto. Observé.

Copito, sentado, los miraba discutir. Aprendía otra lección: el humano discute para no escuchar lo que ya sabe. Y mientras discutían, el vínculo seguía intacto. Invisible. Vivo. Tenso como un hilo que nadie ve, pero que ya está sosteniendo demasiado peso.

Narrador (cerrando):

La jaula seguía cerrada.

Pero algo esencial había quedado fuera.

Y cuando eso ocurre, el encierro deja de ser un lugar.

Se convierte en un error.

Para continuar leyendo esta obra, haga [click aquí](#). Gracias.

Atentamente,

[Javier Clemente Engonga™](#)

Copyright Notice for the Document: "TOTEM: LAS LEGENDARIAS AVENTURAS DE COPITO DE NIEVE, EL GORILA BLANCO™"

**Copyright © 2026 by [Javier Clemente Engonga Avomo](#).
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by [The United States of Africa™](#).

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.



www.bibliotecadeguineaecuatorial.org